

DEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de GreCIA—José María Delgado

Abril de 1922.

N.º 46 — AÑO VII.

AUGUSTO RODIN

“L'esprit en route”, como definiera Jean Dolent la intensa mentalidad de Rodin, ha declinado al final de la jornada. El cincel nervioso y tenaz, en su lucha por animar el mármol, cesó su labor al mismo tiempo que el alma fogosa apagara su llama en una aureola de triunfo. El mismo ejemplo de los grandes creadores en arte, que van sembrando su camino con las profundas verdades que han comprendido, nos lo ha dado Rodin, dejando en nuestros días dolorosos su dura conquista sobre la piedra: “todo un pueblo tumultuoso e inquieto”, que no se cansa nunca de sufrir en el mármol las mismas pasiones, las mismas ansias acrecentadas que sufre esta deleznable arcilla que nos forma.

El arte de Rodin, original y profundo, está emparentado a las grandes épocas de arte de la civilización. Nace de la naturaleza, y de su comprensión profunda deriva la admiración por lo antiguo. En un camino inverso al académico, Rodin llevó al final su entusiasmo a Grecia y a Roma, después de haber estudiado bien su pequeño lote de tierra.

Su cerebro latino, ebrío de claridad y de belleza, ordenado, sereno, lo llevó al estudio del hombre, no como el medio de expresar una historia, una anéc-

dota; una idea, sino como el medio de expresar todas las ideas. Su ideología no fué literaria ni histórica, fué humana. "Hace, desde luego, hombres, dice Besnard, después los anima, mejor dicho, viven desde que son perfectos. Esto es contrario a la estética de los artistas que creen hacer grande con un sujeto pomposo, sin apreciar la faz humana, cuya ausencia condena las obras al olvido, pues las generaciones no toman en cuenta más que aquellas obras en que la humanidad tiene más parte." Rodin abarcó la humanidad entera en su cultura, estrujó la divina carne del hombre hasta hacerle expresar todas las frases del vocabulario humano. De cuidadoso análisis llegó a las altas síntesis. Al volver a crear, dió la sensación de la Idea. Y de sus obras se desprende luminoso el símbolo.

Buscó ante todo, el carácter en la expresión y por eso acentuó un músculo, recalcó un movimiento. Un torso, un pecho palpitante, una mano nervuda, todo vale como un documento, todo nos dice una frase de la Naturaleza; y en un abrazo vehemente, en un gesto de lucha o de resignación, encerró todos los deseos, todas las angustias que agitan este inmenso rebaño humano que nunca concluye de pasar sobre la tierra.

Con ojos de filósofo, de esa filosofía sana y sutil que da el estudio apasionado de la naturaleza, vió la generalización de las grandes leyes y de los grandes lazos. Comprendió que de la planta al hombre va una cadena de analogías que se van sucediendo y complicando; que hay un lazo divino que hace hermanos al guijarro y a la flor.

Á través de la variedad de formas, comprendió la persistencia de la forma; que la naturaleza, en una maravillosa repetición, crea todos sus seres con pocos signos generadores. Penetró la fuerza de sabiduría que gobierna los planos, reveladores del carácter

y del espíritu de la materia. Y analizó todos los contornos que expresan vida, desde el sutil y afilado del tallo de una flor, hasta el ondulante y sedoso de una cadera femenina.

Todas sus obras dominadas, unguidas, por esa comprensión profunda de la naturaleza, desenvuelven ante nosotros infinidad de interrogaciones y de misterios. Rodin parece haber expresado en su estatuaría reveladora, el admirable aforismo de Emerson: "Todo hombre es la enciclopedia entera de los hechos. La creación de mil bosques está contenida en una bellota. Y Egipto, Grecia, Roma, la Galia, Bretaña, América, se hallan ya en germen en el primer hombre." Por eso en cada trozo de Rodin palpita la secreta trama de la vida; y en el carácter de un torso o de una mano, se halla la ley del hombre, la ley de la humanidad, la ley del destino; se halla la sabia "Mano de Dios" que gobierna los mundos.

La técnica de Rodin es perfecta. Su expresión es tan verdadera, que hasta llegó a acusársele de modelar sus cuerpos en vivo. Es la técnica que se expresa de adentro para afuera, como dijera él mismo, que ve los planos, no en extensión sino en profundidad. Su conocimiento del clarooscuro, de la distribución de los volúmenes, de los oscuros profundos y de los claros brillantes, es perfecto. Estudió la ley que produce el modelado sutil; comprendió el secreto del entrante ensombrecido y melancólico y del saliente orgulloso y sincero. Apasionado de Rembrandt, el pintor de la bruma de oro, llegó a ser el Rembrandt de la bruma de ceniza. Todos sus cuerpos están envueltos en esa mediatinta que suaviza los planos y anima la materia, con las vibraciones apagadas de una exquisita sinfonía en gris.

Rodin fué el escultor de la pasión; de la pasión fecundante, causa y origen de la eternidad de la vida;

de la pasión que mueve la flor que espera en la brisa que pasa el polvo de oro que la fecunda, y que hace florecer en suaves espasmos la sonrosada carne de la amante.

El instinto, fuerza divina, ley de continuidad de la especie, incitó su espíritu. Y al instinto sordo y apagado de la piedra, le obligó a expresar el instinto fogoso y primero de la especie: el instinto del amor.

Intuyó la gran verdad de que hay una fuerza suprema, instinto, atracción, que une los astros en sus inmensos giros por el espacio y que acerca al macho y a la hembra en sus tristes marchas sobre la tierra.

Expresó muchas veces esa fuerza en el abrazo ancestral y frenético. Abrazo de perpetuación que nos hace uno a todos, y que iguala en su origen y en su fin la escala natural. Abrazo amplio que lleva un fuego rítmico y una línea decorativa. Abrazo que enciende a todos los seres e ilumina todos los perfiles. Abrazo que hace bellos a los hombres vigorosos y a las mujeres febricientes. Abrazo de todas las euritmias, primer jeroglífico de la pareja humana, primer signo de la Vida. Abrazo misterioso que tiene toda la hermética geometría del enlazamiento amoroso; curvas de ignorada ley unidas a las curvas; estrechamiento supremo de líneas con suavidades de danza y de líneas con angulosidades de lucha.

El hombre y la mujer palpitan en la materia inerte, bronce o mármol. A la mujer la interpretó mística, plena de éxtasis, ante el misterio del Amor. La expresó tierna, dulce en el arranque amoroso, suave en su mirar languideciente y húmedo; suave como la quería el poeta aquel que cantara por tres veces: "De la douceur, de la douceur, de la douceur"... A veces la representó frenética, dominada por un gesto de pecadora antigua. A veces la representó vencida... Al hombre lo sintió triste, abrumado de una carga

extraña, dolorido ante un dolor que no se sabe dónde se halla. Un mirar extraño, de sorpresa ante la vida, nubla sus ojos. Y aunque Rodin hablara de su optimismo sereno, sus héroes son vagamente tristes, de una tristeza vaporosa y sutil que no tiene causa ni origen determinado. Sufren del "extraño malestar del alma ligada al cuerpo", como dijera Paul Gsell,—aquella tejida con mucho azul, éste amasado con mucho barro.

A pesar de haber expresado todo el vocabulario del amor, Rodin no descendió nunca, en su arte, a lo innoble o lo insano. La pasión pasa sobre los cuerpos como la caricia de un ala divina, como algo elevado y ritual. Es una liturgia amorosa, que necesita de la salud del cuerpo y del espíritu.

Las voluptuosidades, el sensualismo que recorre las venas frías del mármol, es el mismo que nos domina en una serena tarde estival, ante un ocaso de misterio lila. Lo extraño, lo desconocido, el secreto del más allá del amor y de la muerte, el velo ignoto de la Isis de Pasión que cubre sus mármoles, hace seria, profunda, reveladora su escultura. De esta faz de Rodin, la más sincera y la más honda a nuestro juicio, está "Le Printemps", primavera de sangre, eclosión de vida que se trasmuta de un cuerpo a otro y de labio a labio. Está el gesto violento de "L'Empire", el hombre unido a la mujer en la fogosidad del placer, en el instante con sabor a muerte. "L'eternelle idole", oficio de amor en el que la amante resignada y trémula como un ala caída, deja venir a sí, sobrecogido de extrañas dudas, al hombre que trae su miel para el primer vaso de amor y de amargura. Está "Sphynx", la lucha desesperada, abrazo imposible, para descubrir el fondo del sublime filtro de todos los éxtasis y de todas las agonías. La "Eva", cuerpo adorable de mujer, primera pecadora, arroja-

da del paraíso de inocencia, ardiendo en su pecho, la flagelación del arcángel guardián, y sintiendo en sus carnes, tibias aún de las caricias del hombre, un nuevo deseo de pecado. La "Danaide", extraño cuerpo de pecadora mitológica, desflorado en una tarde roja de pasiones criminales y condenado a un eterno suplicio. "Le lys brisé", ilusión temprana, primera sonrisa amorosa, candor perfumado y pálido, que el soplo de la vida ha agotado cruelmente. "Les nereides", "Faune et nymphe", "La centauresse", son fases distintas de un amor sanguíneo y salvaje. Y al terminar del cuadro pasional, la estatua de "Vieille Heaulmière" es una triste visión del fin de las glorias y de los placeres humanos. Tiene el sabor de aquellos lienzos macabros que pintaban los místicos pintores de la Edad Media. Este es un cuerpo destruido, otrora cálido y lujurioso, donde posaron todas las pasiones y todos los vicios; carroña del amor, carne que se vendía y se quemaba en su propio fuego de lascivia...

Rodin tuvo otra faz estrechamente emparentada con la anterior, por su lado humano, y que podríamos llamar su faz filosófica. A ella pertenecen, en primer término, su "Penseur", el pensamiento-hombre, y su "Pensée", el pensamiento-mujer. Aquél es el símbolo en bronce de la primer idea que agitó la célula gris en el primer hombre; cabeza agobiada por todos los misterios que pasan ante un mirar atónito y primitivo; lucha desesperante por abarcar el infinito en una mirada. Alma primera en el desierto de la vida, que siente un viento estremecedor, que viene de extrañas orillas a aullar ante la puerta cerrada del Yo consciente... "La pensée" es el exquisito símbolo del pensar femenino, mejor dicho, del meditar femenino, menos brusco, menos fuerte, menos osado, menos tenaz, más tierno, más místico, más sutil, más emo-

tivo que el pensar del hombre. Vibración del alma que abre ante la vida la tenue celosía de unas pestañas... que se cierran después lánguidas y apesadumbradas de no poder comprender el secreto que vibra en la claridad del día: Mirada bañada en sueños de amor, que tiene todas las abnegaciones y todas las ternuras; mística ante lo Extraño, no lucha por definirlo, sino por sentirlo; inmensa flor humana que abre en la tarde serena para recibir el misterio que la penetra y la besa como un rocío celeste.

Está la "Invocation", "Appel suprême", ansias inagotables de azul y de infinito. Está el "San Juan Bautista", símbolo de la fe que camina por el mundo; fuego de abnegación que hace olvidar la maraña del camino, sintiendo los éxtasis del paraíso azul. Están, por fin, "L'âge d'airain", "La chute d'Icare" y "Les Bourgeois de Calais", retrato admirable de las formas que adopta el sacrificio cuando lo anima el cuerpo vigoroso de un adolescente, en un patético adiós a la vida, la profunda cabeza de un místico que ya no pisa esta tierra, el ropaje doloroso de un desengañado de la vida... Y por último, su discutida "Mano de Dios", extraño símbolo del Destino, expresado por una inmensa mano guadora y sabia, justa y serena, llevando en su palma la pareja amorosa; instinto que cuida de sí mismo; Dios que palpita en cada célula y que vive en el polen y en el seno de la virgen; mano del infinito; causa primera, el Todo que vela por la parté, y la parte que encierra y justifica el Todo.

Por último, está el admirable Rodin de los retratos; el Rodin tan discutido de los monumentos a Víctor Hugo, a Sarmiento, a Balzac, etc. En el de Balzac, su obra más vilipendiada, ha sufrido Rodin, según la opinión de autorizados críticos, la influencia

impresionista de Medardo Rosso. Trató de hacer expresar a la vibración monocroma del mármol, el aire, el ambiente que rodea una figura. Dejó de lado todo detalle accesorio, e intensificando la expresión y el gesto del novelista, envolviéndolo en la noble túnica del trabajo, consiguió esa sobriedad de la masa tranquila que da una sensación de fuerza, de valor, que pocas veces tienen los monumentos a los grandes hombres contemporáneos.

Analizada la obra de Rodin en conjunto, se siente la pasta eminentemente francesa que componía su mentalidad. Fué ajeno a las tendencias *snobs* o exóticas. Sólo los grandes, Miguel Angel y los griegos, dejaron trazas de su labor inmensa. El mismo lo confiesa: "He oscilado en mi vida entre dos grandes tendencias de la estatuaria, entre la concepción de Fidias y la de Miguel Angel. Partí de lo antiguo, pero cuando fuí a Italia, me impresionó en seguida el gran maestro florentino, y mis obras se han resentido ciertamente de esa pasión." Pero Rodin, como todo gran cerebro, mantuvo su personalidad, a pesar del influjo de Miguel Angel. Aprendió de aquél los secretos del lenguaje elocuente, la forma de hacer palpitar el músculo. Pero su concepción es distinta de la de Miguel Angel. El sufrimiento sobrehumano, la tortura espiritual, la angustia, el deseo insaciado de abandonar la vida, ese dolor que se llama ya *Miguelangelesco*, Rodin no lo expresó. Torció su concepto de la vida, de un ocaso de dolor hacia una aurora de esperanzas; y mientras el genio de la Sixtina retorció la carne castigada por ancestrales torturas, Rodin hizo florecer una carne sana, voluptuosa, serena, que se abre como una pálida flor de mármol al calor de la vida. Así, Rodin, después de haber probado el agrio licor que ofrece el genio de Florencia en su cáliz de amargura, volvió sus labios a la copa cincelada por

los dioses antiguos, que allá lejos, en la Grecia azul, le ofrecían Fidias el maestro y Sisipo el divino...

Este es el legado del genio de Rodin para las generaciones futuras. Mientras la enorme caravana humana pasa por estos anchurosos valles de la tierra, los grandes hombres, los sembradores de símbolos, van dejando un pueblo quieto y elocuente, "peregrinos de piedra" en el eterno rodar de los siglos. En ese pueblo inerte, que viene desde el Egipto hierático y enorme, desde Grecia serena y luminosa, desde Oriente esotérico y lujuriente, desde la Edad Media, mística y espiritualista, desde Miguel Angel torturado y doliente, Rodin ha colocado sus piedras: seres ardorosos y tibios en el abrazo de vida, carne sana, rítmica, ondulante, nervio de exaltación amorosa, dinamismo vital que se propaga...—héroes de pasión, que parecen decir para los días futuros, que por sobre la amarga tristeza de la vida, está la dulce tristeza del amor, fecundo y grande.

Otra modalidad del espíritu de Rodin hecho a la antigua, enciclopédico y vasto, es su modalidad de crítico y de literato. Su manual "L'art", es una conversación acerca de la belleza, en donde se oye siempre la frase justa y verdadera del maestro. Y su obra grande, romántica, de "Les cathédrales de France", obra donde habla el escultor como arquitecto y el arquitecto como escultor, nos revelan un Rodin más unido a nosotros e intensamente comprensivo de nuestro arte. Como Miguel Angel, Rodin fué un arquitecto, pero la época actual, tan distante del lujo del Renacimiento, no le permitió realizar el desarrollo integral de una concepción plástica, contribuir a la "catedral ausente", como dijera Carrère. Admiró la eterna belleza de las catedrales góticas. Veló junto

a los muros de piedra, espiando en todas las horas del día el sabio juego de la luz sobre las lujosas piedras labradas. Vió el sol pasar por los ventanales e iluminar con un terciopelo violáceo los absides litúrgicos; comprendió el espíritu de la época y la genialidad de la raza que obtenía los mayores efectos de modelado y de líneas, por la intuición artística que la dominaba. Y cantó su himno a las catedrales.

Su voz de apóstol contribuirá a hacer pensar a la admirable raza francesa, en la belleza y la inspiración que encierra ese maravilloso arte gótico desde tanto tiempo incomprendido y olvidado; primer arte francés legítimo y noble, que hoy, animado por un fuego antiguo y heroico, parece luchar por hacerse sentir, por hacerse venerar, por romper el velo de olvido que lo envuelve, exponiéndose sereno, el primero en la lucha, el primero ante la muerte, para conquistar una gloria de resurrección en el trágico momento histórico.

CARLOS HERRERA MAC LEAN.

INÉDITOS

SINCERAMENTE

Oigo, profundamente, tu reproche fraterno:
—No seas tan violento ni tan recio. En el Arte
Hay que ser más sutil, más afinado y tierno,
Y no gritar en áspero. Tienes que serenarte.

El Arte no va a golpes ni está en un estandarte:
Es una cosa viva que filtra de lo interno;
Que puede ser un beso, una angustia, un eterno
Delirio; un inefable dolor para cantarte.

Eso es Arte, mi amigo, y es íntima poesía,
Pero esa fina música no puede ser la mía.
Yo soy brusco y ardiente como una llama clara.

No sé llorar en verso ni me sale el gemido;
Me lleva el entusiasmo como un río escondido,
Y siempre me verás con la fuerza en la cara.

LUZ Y AGUA

Veo una luz que salta en medallas y estrías
Desde la orilla dura del mar de sombras frías.

Esa luz que se estira y se abre sobre el mar,
De lejos flota larga,
Y al borde se hunde viva hasta el fondo del mar.

*Seramente acodado en los balaustres, pienso
Cómo la luz y el agua juegan a la distancia,
Y cómo, al acercarnos, hay un temblor intenso
De sondaje amoroso y de húmeda fragancia.*

*... Así somos, hermanos, con esta vida nuestra
Adonde entra la luz de nuestros nervios finos:
A lo lejos la luz distendida se muestra,
Y en las entrañas se hacen los incendios divinos.*

PEDRO LEANDRO IPUCHE.

LOS CAMINOS

CAMINO EN SOMBRAS

*Camino penumbroso
con músicas de sombras, bello y hondo.*

*Arboles esqueléticos de invierno
os vestisteis de pronto.
Cayeron a enredarse entre las ramas,
las nubes verdes de un lejano cielo,
y en el camino, la penumbra dulce
a los más tristes caminantes, habla.
De tan cordiales, las palabras huyen...*

*Cuando la brisa corre entre la fronda
el sol se anuncia, por la sombra mansa...
Cada lampo en la sombra,
es la gracia de un pájaro que canta.
Una lluvia de claros cantos, caen,
como monedas de cristal, sonoras,
y cargan el zurrón del caminante
que duerme un corazón, envuelto en sombras...*

*En el camino umbroso,
hay, siempre un derramar de dulces tardes
como un suspiro interminable y hondo...*

DOS CAMINOS

*Por aquí corazón, la mano dame,
estás hecho de carne...*

*Deja que el alma sola se derrame
por el camino que trazó la tarde...*

*Para nosotros, corazón, la tierra,
para el alma, las nubes;*

*Guarda bien de la mano que te encierra
y todo oídos, mi palabra escuches...*

*¡Por aquí corazón!, sigo diciendo,
por las cosas terrenas,*

*Alma que vas las nubes recorriendo
las nubes blancas de la primavera,
¡perfumarás la lluvia del invierno!...*

ENRIQUE M. AMORIM.

POEMAS DEL ESTÍO

MIEL DE LECHIGUANA

*La miel de lechiguana
empieza a perfumar como las rosas;
en Abril.*

*Es estío: yo siento
zumar la avispa indígena, sin tregua
entre las flores;*

*y he recordado que en Abril y en Mayo
me chuparé los dedos
y el lagarto la cola.*

*La flor del ceibo, la del ñapindá,
la microscópica y blanca de las hiedras
y el sol ardiente;*

*la energía tremenda del insecto;
el verano que vibra!—
todo esto lleva el néctar.*

*Todo esto lleva el néctar;
poseerlo casi siempre cuesta
un poco de veneno...*

*(en la vida,
obtener una esencia cuesta siempre
un poco de dolor).*

*Es estío: yo siento
zumar la avispa indígena, sin tregua
entre las flores.*

*Y he recordado que en Abril y en Mayo
me chuparé los dedos
y el lagarto la cola.*

LA CHICHARRA

*Siesta,
Canta una chicharra.
Hipnosis. Obsesión.
Llega hasta mí
como un aliento tibio
de la sierra y el monte.
Yo me duermo y sueño
que un corazón palpita
y se desangra al fin
con una larga queja...
(que así es el canto
de la chicharra).*

JOSÉ MONEGAL.

Melo.

Desde Melo, — «Melópolis», como acostumbra llamar a la capital de Cerro Largo Casiano Monegal, — nos llegan estos versos nuevos de un nuevo poeta, hermano de Casiano y dueño de una guitarra arachana que trae voces desconocidas al arte de la ciudad...

Bienvenido seas, como todos los jóvenes.

“EL NIÑO QUE ENLOQUECIÓ DE AMOR”

Como su nombre parece ya indicarlo, “El niño que enloqueció de amor” es un libro romántico, pero realizado con tan grande equilibrio, que no hay la más mínima extralimitación en su fondo realista. “Realista y romántico”, hemos escrito adrede, pues aunque aparentemente estos términos chocan y parece que se rechazan, en Eduardo Barrios hay una excepcional coincidencia, que le permite expresar en la más delicada forma los episodios que, referidos por otra pluma, ruborizarían al lector, como, por ejemplo, la escena en que la madre y el amigo de la casa, observando la mustia palidez y las ojeras del niño — el pobre pajarito que ha cantado en la noche,—se obstinan por descubrir la existencia de vicios que la criatura ni siquiera concibe.

El asunto de “El niño que enloqueció de amor”, es sencillo como la propia vida. “Avecitas hay—dice Barrios, en su preámbulo lírico—para quienes el rayo de luna tiene un poder de sortilegio. Y tras de cantar, saltan aturdiditas y vuelan... Sólo que, como no es el día el que llega, se pierden pronto en la obscuridad, o se ahogan en un lago iluminado por el pálido rayo de oro, o se rompen el pecho contra las espinas del mismo rosal florido que, horas después, pudo escucharles sus mejores trinos y encender sus

más delirantes alegrías. ¿Cuál es el rayo venenoso que despierta algunas almas en la noche, les roba el amanecer y las ahoga en una existencia de tinieblas? Voy a referiros el secreto de un niño que enloqueció de amor." Y viene la novela, hecha en forma nerviosa como un libro de memorias. El novelista asegura, con táctica socorrida, que aquel cuaderno se lo entregó la casualidad y que lo había guardado respetuoso, "con el respeto que merece un niño sentimental y entristecido, una víctima del rayo venenoso que ilumina los corazones antes de tiempo y los lanza en ese vórtice llameante y obscuro, dulce y terrible del amor."

Aun cuando no pensamos hacer sino un bosquejo somero del asunto, vamos transcribiendo frases de Barrios para que el público advierta la fina y grácil y rítmica prosa, verdaderamente artística, que da realce al íntimo y doloroso episodio.

En primera página del cuaderno, el párvulo nos habla de don Carlos Romeral, que es el hombre más inteligente que conoce. Adivinamos en seguida, una de esas almas grandes y comprensivas, que nunca faltan en las obras de Barrios, y que en "El niño que enloqueció de amor" es el amigo de la casa, y en "Un perdido" se llama Papá Juan. Don Carlos Romeral le ha dicho al niño que lleva un diario de su vida, esto es: "Un cuaderno en donde algunas personas escriben todos los días lo que les pasa, porque a veces no se pueden conversar con nadie ciertas cosas." El niño, chico y todo, sabe ya esto; y sabe que esas cosas, precisamente, suelen ser las más gratas e importantes.

¡Veis!... Quiere decirse que el niño tiene un secreto. De inmediato, atraídos por el título del romance, entramos en curiosidad. Y a poco, leyendo escasas líneas, más abajo, sabemos que el niño está enamorado de Angélica.

Pero Angélica, al contrario de lo que puede suponerse, no es una niña de su tiempo: se trata de una joven casadera. ¡Un niño, silencioso y sentimental, que ama a una mujer! ¡Imagináis el drama!... Drama silencioso, sin aullidos, ni puñaladas, drama en el que una mano pérfida—la mano de Eros—se apodera de un pobre corazón y lo oprime hasta sacarle todos sus zumos, como si fuese una fruta verde.

Angélica va de visita a la casa del niño, y él, que no anhela sino verla, se siente cobarde, se descompone y se oculta. “¡Me da más rabia! ¡Por qué seré tan nervioso?”, se desespera la criatura (pág. 15). El niño tiene miedo. Y tiembla más cuando ella, al encontrarlo, le besa y le abraza. Parece que va a enfermarse. Y lo que más le aflige es que Angélica, sin reparar en la acusadora turbación, lo quiere como lo que es: le quiere... como a un niño.

Otro día, en que el protagonista sale a la calle con su mamá y con Angélica, se les acerca un joven untuoso. Al niño le dicen que vaya adelante. Se despide luego el galán y la señorita se muestra muy alegre, pero el niño sufre. ¡Sufrir ante aquella alegría, comprendiendo sin comprender!... Ya junto a la casa, el mocosuelo rompe a llorar, y cuando, cercado a preguntas, confiesa que en su afición tiene la culpa el asedio sôlcito de aquel joven elegante que se fué, Angélica sonrío y acaricia las sienes cándidas, mientras de su boca de flor escapa esta pregunta: “¿No quieres ser mi novio?”. Y luego, dirigiéndose a la mamá: “¡Qué chiquillo tan rico!” Y el niño tiene pena... y el niño quisiera tener más.

Y se intensifican las angustias, y se desvela por las noches, y llora silenciosamente, cuando nadie le observa. Aquel llanto le calma, y quiere llorar más, pero hay un momento en que ya no puede, tal vez porque el exceso de pena ha desbordado el corazón y se ha

ido con las lágrimas. El niño evoca a Angélica, tal como la viera el día en que la conoció. Y describe la impresión en su cuaderno: "Se había puesto un vestido solferino, y se le reflejaba el color en la cara, y en los ojos se le veían también dos puntitos solferinos. Estaba muy linda—agrega, con insistencia infantil,—pero muy, muy linda. ¡Cada día es más linda!... Esos ojos, como nuevecitos, flamantes, que pestañean de un modo tan raro, tan bonito: muy rápido, alegrándolo a uno; y el pelo se le riza y en las puntas se le va poniendo rubiecito..."

Hemos de convenir en que si esto no puede haberlo escrito un niño, las observaciones sí: las observaciones sólo puede haberlas hecho quien ha comprendido, amorosamente, el alma de un niño tierno y muy precoz. La madre apunta, aunque sin concederle demasiada importancia, en el momento de la visita: "Este chiquillo se ha enamorado de ti, Angélica. No te despega la vista." Y las dos mujeres se sonríen. Más tarde, Angélica le pregunta al pequeño enamorado si la quiere, y él prorrumpe: "¡Más que a nadie en el mundo!". Su confesión le avergüenza; pero no puede remediarlo: se le ha escapado. El niño, esa noche, no puede ya estudiar y va a acostarse pretextando que le duele la cabeza. Aprovecha la soledad para escribir su diario.

¡Pobre infante, extraño entre sus hermanos, que no le complican en sus juegos... ¡porque él no sabe jugar! ¡Flaco y contemplativo, es tan distinto! En su nacimiento, debe haber algo extraordinario, porque la abuela le hostiga y no le quiere, en tanto, como más chico, es el predilecto de la buena mamá. ¡Cuánto sufre el pequeño porque no es grande! Si fuese hombre... ¡haría tantas cosas! Siempre fué triste, pero ahora su tristeza ha formado nimbo a una figura femenina: Angélica. ¡La adora tanto! En su pre-

sencia, hácese la ilusión de que le dice frases apasionadas y, a solas, conversa con el retrato que ha sustraído de la sala. La posesión de aquel retrato lo turba, porque le parece que si los suyos lo encuentran, va a descubrirse su pasión, y una noche, en camisa, salta del lecho y va y lo vuelve al álbum. En sus vigiliass, el niño, cada vez más flaco y más pálido, ha empezado a experimentar terror.

La madre y la abuela piensan que puede estar enfermo. Hace muchas noches que no juega. Y el niño quiere morir de espanto, por si descubren su secreto con tan obstinada observación. El niño quiere que lo quieran, pero, en tales momentos, la solicitud cariñosa de su madre llega a pesarle. Y juega, juega sin ganas con los hermanitos, que son tan desemejantes, juega para despistar. ¡Cuánto sufre haciendo ver que goza! ¡Y cómo disfruta la madre, al suponerlo, por fin, contento!

Pero Angélica tiene ya relaciones con el joven untuoso. Se llama Jorge, y al pequeño rival le parece cargante, con su elegancia, sus finos ademanes, sus ojos redondos y los bigotes de cepillo. El niño no se inquieta mucho, pues un día preguntóle a Angélica si quiere "al tipo" y Angélica le dijo que no. Entonces, ¡por qué más tarde se preocupa?... El niño, que lee cuentos, ha soñado que Jorge ama a su Angélica y ha tenido visiones horrosas, durante las cuales Jorge se suicida, y hay un revuelo tremendo, y corre la gente por la calle... Pero, ¡qué importa todo! La beldad — siempre en sueños — ha dicho al niño que nadie la quiere como él, y que va a esperar, para casarse, a que él sea grande. Y el tierno enamorado reflexiona: "No veo por qué no puede suceder así. Ella sería siempre mucho mayor que yo ¡claro! Pero, ¡no hay tantas viejas casadas con jóvenes! En esos ma-

trimonios, digo yo, ¡cuántos se habrán querido como Angélica conmigo!"

Encantadora ingenuidad de quien no ha visto aún todo lo que hay de venal, y de insincero, y de repugnante en la vida.

El niño, tan querido de su madre, no es feliz con los suyos, y hasta en cierta ocasión, en que hablaban confidenciales las mujeres, le ha pegado su abuela, ante el gesto bravío de la mamá, que le estrecha contra su corazón, y lo besa, diciéndole: "¡Pobre angelito, qué culpa tendrás tú de nada!" Basta el detalle para que nos afirmemos en nuestra presunción: esta criatura debe ser hija de EL PECADO, pues, de lo contrario, no llegaría la abuela hasta el extremo de balbucir: "¡Valía más que nunca hubieras nacido!" Poco a poco, la tragedia de aquel pobre corazón va conturbando nuestra ánima.

Saltemos por encima algunos episodios. Una tarde, al salir del liceo, el niño, que ahora estudiaba, para ser hombre, se arriesga y entra de visita en casa de su novia (¡su novia!). Le dan una flor para la mamá, una flor cortada por Angélica, y él cumple ese encargo, esperando a que la rosa se amustie y sea echada al cajón de la basura, de donde la va a sacar, guardándola como recuerdo. Angélica visita ahora con frecuencia la casa de la familia, y el niño, viéndola a menudo, es casi feliz. A veces le entra una alegría inmensa y a veces le da esa pena "suavecita del cielo". Todo lo que ve desde su ventana le resulta poético. Hasta el chorro de la fuente, que no sabe si por lo que salta o por lo que suena, le parece un pajarito. Hasta el patio surge tan fresco, que se diría que se lava y que se peina por las mañanas al igual de las personas. Pero el niño debe andar mal, porque le sacan sus libros de cuentos, que le han sugerido tantas fantasías, con Angélica de princesa y él de

enamorado, que en vez de irse a cortar el mundo por el camino de flores, se va por el de espinas, abnegación que le vale casarse con la hija del rey.

Y llega el escándalo: Jorge y Angélica, en una fiesta, en la casa de la joven, han hablado muy juntitos, ante la indignación del niño. ¡Cómo siente la necesidad de desahogar su pecho ante la madre, el pequeño! Pero no: como afirma don Carlos, hay veces en que no se debe ni chistar. El niño sufre en silencio; se pone más pálido; el rector del liceo, conjuntamente con los profesores, lo hallan demasiado formal, "cosa que no está bien en un niño". Don Carlos va a llevárselo al campo. El médico lo ha encontrado anémico, pero lo atribuye al crecimiento. ¡Y la mamá y don Carlos que desconfiaban!... Pero el médico ha dicho que el niño "va a ser hombre pronto", y el niño no quiere marcharse de Santiago, pues ya no verá a Angélica, que, como él va a ser hombre pronto, bien lo puede esperar. De repente, el niño se ha puesto muy enfermo, y él casi se alegra, por si le dicen a su amada que se ha muerto de amor. Por las noches delira y debe balbucear su nombre. Quizá por esa obsesión, su madre lo lleva a casa de Angélica, un poco más repuesto, en el día de su santo. La casa está en fiesta. ¡Para qué fué!

Ve a Jorge y Angélica besándose en la galería, y huye rumbo al *buffet*, donde está su mamá, y rompe a llorar, y grita, y la concurrencia se queda persuadida de que aquel chico, en un descuido, se ha emborrachado con cacao. Aquella noche le sobreviene muy alta fiebre. En seguida el niño se queda loco.

¡Con cuánta unción, con qué emoción, pone el novelista chileno el broche de su comentario a la historia desgraciada de este niño, historia que provocó el elogio lírico de muy notables poetas! Eduardo Ba-

rios, tan psicólogo y tan artista, surge por encima de todo, en este libro, como un gran corazón.

VICENTE A. SALAVERRI.

Recientemente, inaugurando las conferencias de extensión cultural del Liceo de Treinta y Tres, celosamente dirigido por el señor José Pereyra Rodríguez, el novelista de «Este era un país», ha estudiado la personalidad del gran escritor chileno Eduardo Barrios. Esta glosa de uno de los libros más bellos que tienen en su haber el autor de «Un perdido», formó parte de la aplaudida di-

VERSOS

LOS NIÑOS

DE AMBAR

*Ha cubierto todo el parque
la ceniza de la tarde*

*Por el césped moribundo
avanzan
los enfermos niños de ámbar*

*Un pandero rojo tañen
sus manecillas de plata*

*Se detienen,
Están solos*

*Una flauta los envuelve
en lenta, grave danza*

*Luego
en un racimo
los infantes ambarinos
cantan.*

CITA

Mis brazos te esperaban cada tarde

Siempre hubo una luna
en el fondo de mi vaso

Mi voz vació tu nombre
en los surcos más distantes

TÚ NO LLEGABAS

Los días
Morian en las jarcias

Cuando tú apareciste
mis ojos cantaron

Traías en las manos
el halcón de los ocasos.

AUSENTE

Todos mis navíos

han zarpado

En la orilla
se marchitan los adioses

AYER

HOY...

¡CUÁNDO!

Yo no sé cuál hora
apagó la luz de tus manos

¡VOLVERÁS!

En mi corazón se mece
anclado
el recuerdo de tus pasos.

Chile.

A. ROJAS GUMÉNEZ.

JUSTINO ZAVALA MUNIZ

Del joven Zavala Muniz conocía dos aspectos: una caricatura trazada por un lápiz infantil e inserta en la revista "Trabajo", de Meño, y algunos artículos publicados en los periódicos cerrolarguenses, bastantes para formar un juicio favorable del novel escritor.

Entre esos trabajos recuerdo una semblanza de Eduardo Dieste, escrita con desenvuelto estilo.

Personalmente no sé cómo es Zavala Muniz, y a la verdad que poco afecto soy a buscar amistades. Así que Zavala Muniz y yo tal vez nunca nos conociéramos.

La edad de este mozo de letras hace simpático su libro de debut.

Si él hubiera ocultado sus años, los lectores de "Crónica de Muniz" habrían entendido encontrarse con un autor adulto, y con toda la barba; mas como el propio interesado se adelanta en la confidencia, el asombro y la buena disposición van hacia él.

Zavala Muniz estaba en edad de hacer un hermoso panegírico de su héroe; esa edad juvenil y briosa dispuesta a arremetidas quijotescas, sin contemplaciones ni influencias torcedoras de la pasión reivindicatoria; edad de lanza en ristre y espíritu rebelde y sano.

Zavala Muniz escribió su libro en el momento oportuno de su existencia, esto es, cuando el cariño, el

afecto, el reconocimiento y la verdad de primer agua—llamo así a la verdad exenta de interés partidario—dieron suficiente empuje para limpiar de lodo la figura de su abuelo.

Algún adversario del guerrillero dirá al leer “Crónica de Muniz”: “¡Qué sabe este chiquilín de esas cosas!”, frase que bien pueden pronunciar el doctor de Herrera o Javier de Viana, pongo por caso.

Antes de decir dos palabras sobre el libro quiero felicitar a su autor por confesarse “impolítico”, o ni blanco ni colorado. ¡Aquí nos damos la mano! Yo tampoco soy partidario de ningún credo, caudillo o divisa. Que seamos Asháverus, en medio de las caravanas idólatras y tradicionalistas. Ellas con sus fardos de glorias y culpas y nosotros al margen de los conciliábulos, solos y sin prevenciones!

Valiente y sentimental el prólogo. Con mucha sensatez las rectificaciones y transparencias de los autores que denigraron a Muniz. Zavala duda de que Saravia conoció a Plutarco, César, Suetonio, etc., como magnánimamente atribuye el evocador de “Gaucha”. Tal vez tenga razón. ¡Los clásicos no han entrado en la campaña!

Sólo en el marco profuso de interesantes panoramas lugareños pudo el nieto reivindicador alzar la efigie de su caudillo. Porque limpio de oropeles y reminiscencias, el general Muniz, a la par que muchos combatientes criollos, no tiene esos valores que la historia reclama. Ni Muniz ni Saravia han sido héroes, no. Que la predilección familiar no nuble el frío criterio histórico. Fueron prototipos de la postgesta indígena, con mucho coraje y desinterés, si cabe, pero de ahí a merecer los honores de la posteridad, va mucha distancia.

Los cuadros de tierra adentro, las escenas rurales, las hierras, los raptos caballerescos, los entrevveros y las luchas cuerpo a cuerpo, los paisajes campesininos, el incendio de la casa paterna, el vacío hostil en las pos-trimerías del protagonista, todo el escenario y sus luchas y soledades, están pintados gallardamente, entusiastamente, amorosamente.

En resumen: un libro que es un triunfo de juventud. Zavala Muniz tiene pasta intelectual. Recogerá laureos en un futuro no muy lejano.

E. TORRES GRANÉ.

COTA HUGARTE

*Me miré en sus ojos y el amor en ellos
Con celeste influjo vi resplandecer,
Quimera y ensueño fueron los destellos
De sus ojos negros en mi padecer.*

*Alma adolescente: gracia y armonía
Reflejába, virgen, en todo su sér.
Cruzóse en mi vida y le dijo ¡mía!
La trémula y honda voz de mi querer.*

*El amor entonces prendió sus divinos
Fuegos ilusorios en mi atardecer,
Para que entonara por esos caminos,
Líricas canciones, a su renacer.*

WIFREDO PL

Durazno.

EDUCACIÓN

Economía Pedagógica

Nos institutions scolaires constituent un régime où le gaspillage de forces et de temps est véritablement effrayant!

Ed. Claparède.

No sé si a alguien se le ha ocurrido formar la rama de Economía que encabeza como título este artículo, para colocarla convenientemente en el conjunto de ciencias que pertenecen a la Educación. Entrego a los especialistas la cuestión del nombre, por lo que etimológicamente puedan significar sus vocablos; pero hago mía la idea, si no hay quien se haya anticipado a lanzarla, como creo, de que se recojan y ordenen todos los datos que puedan llevarnos a sacar el mejor y mayor provecho posible, de la cantidad de energías físicas y psíquicas que los niños someten, durante el tiempo de su dependencia natural y legal, al gobierno (entendamos administración) de sus padres y maestros.

Cada día se hace más indispensable la necesidad de evitar el abandono y el derroche de los dones que el ser humano aporta a la existencia, porque cada día se complica más el organismo social, de cuyas funciones el individuo es, a la vez, agente y recipiente.

Véase, en el epígrafe de este artículo, lo que dice, juzgando procedimientos actuales, una de las primeras autoridades de la ciencia pedagógica moderna:

"Gaspillage de forces et de temps effrayant", hay en las instituciones escolares europeas. Podría hacer citas referentes a Norte América. Allí también existen confesiones sinceras, que, como esa, si no han de consolarnos, porque el consuelo por el mal ajeno no enaltece mucho a quien lo siente, han de permitir que no tengamos vergüenza para hacer visible lo que nosotros descubramos en nuestro medio y que trabajemos sin sentir la preocupación de ese fardo aplastador llamado culpa, que los negligentes suelen arrojarse mutuamente.

En el artículo titulado "Enseñanza Primaria y Secundaria", creo haber puesto en evidencia que nosotros malgastamos anualmente un enorme capital escolar, entendiendo por *capital*, la suma de valores morales y materiales que el Estado administra en sus organismos de Instrucción Pública.

Ese *"gaspillage de forces et de temps"*, reconocido dondequiera que se estudien los resultados positivos de la Enseñanza primaria y secundaria, parte, no hay duda, del desconocimiento de la naturaleza del niño. De eso pienso ocuparme más adelante.

Hoy no me guía el propósito de mirar los hechos con la lente del análisis, sino con el anteojo que sirve para ver un conjunto a gran distancia. Los detalles que cito son de orden sintético, aunque parezca lo contrario.

El niño falta a la clase muchos días del año, porque pasea con sus padres, porque está enfermo o delicado. Nadie sabe después dónde están rotos los eslabones lógicos de los juicios para la comprensión de las lecciones que el programa fija y el maestro prepara, porque nadie puede llevar cuenta de las lagu-

nas diseminadas. El maestro falta alguna vez, porque también tiene un organismo sujeto a las alteraciones de la enfermedad y a otras contingencias de la vida; y la clase, en esos casos, pierde el día, aunque aparentemente funcione. Hay epidemias durante el año; hay fiestas que interrumpen la labor con programas no siempre en armonía con el que rige para la enseñanza; hay momentos, en cualquier época del año, que deben dedicarse a procurar datos de estadística para las autoridades; hay días de organización, en marzo, que hacen el efecto revoltoso de una piedra arrojada en la corriente del agua mansa; los hay para el examen médico, de fiesta, de asueto y de lluvia, en los 365 del año, contados a razón de cuatro horas, en el máximo de trabajo.

La Economía Pedagógica, aunque deba extenderse hasta el estudio de los métodos y procedimientos de enseñanza, para confundirse con la Pedagogía aplicada, tal como se encuadra en este artículo, debe ser el contrapeso racional de los ideales, cuando éstos, siguiendo el vuelo de nuestras aspiraciones, olvidan que muchas cadenas nos ligan a intereses terrenales.

Quisiéramos que el niño desarrollara, íntegra y armónicamente, todas las aptitudes de que está dotado; quisiéramos que adquiriera en la Escuela primaria, las nociones elementales de todo lo que conveniría que supiera más adelante; quisiéramos inspirarle sentimientos altruistas en favor de la humanidad, sin distinción de pueblos ni de razas; quisiéramos que el amor a la patria y a las instituciones, se alimentara con el recuerdo de la leyenda histórica de sus antepasados; quisiéramos que fuera diestro, sano, ágil; que su alma vibrara por la dulce emoción del arte; que llegara a adquirir una aptitud especial, respondiendo a su vocación; que fundara un hogar y que, por mantenerlo, supiera luchar en competencia,

con honradez, sin humillación ni soberbia; que fuera en el trabajo, estudioso y creador, y que, buen ciudadano, nunca dejara de prestar su concurso a la finalidad del Estado.

Todo eso pretendemos perseguir, apiñando niños en masas que obligan a establecer un régimen disciplinario muy reñido con los dictados de la ciencia que estudia la evolución normal del ser humano, y en un tiempo ¡ay! muy limitado.

Cuando Fulanito, en plena función de clase, se queja porque Menganito hizo caer un borrón sobre la blanca hoja de su plana, le dió un empujón o un cachete, y en mil incidencias cuyo relato sería inacabable, el maestro más conocedor del alma de los niños, tiene que pasar por alto muchas veces, la averiguación del caso, y apremiado por las circunstancias, resolverlo tronchando en flor sentimientos puros y delicados.

Justicia, deber, verdad, bondad, respeto y demás conceptos que pertenecen al dominio de la moral, por motivos al parecer triviales, diariamente sacrifican su sentido.

Se dice que el programa no hace al maestro. Es verdad; no lo hace, pero lo deshace. Por seguir su letra, se prescinde de las convicciones y se dejan irresueltos muchos problemas.

El programa es el primer responsable del *gaspi-llage*". Su influencia positiva suele ser poca; la negativa, cuando sus normas no han sido medidas por la realidad, mucha. Por eso, no se deja de tener razón, cuando, queriendo remediar males que saltan a la vista, se piensa en él.

"¡Hay que suprimirl! ¡Hay que cortar! ¡Para qué sirve tanto de ésto! ¡Antes se sabía más de lo otro, que es más útil para la vida!" Entre los comentarios que se oyen, el sentido común dice muchas cosas bue-

nas. ¡Lástima es, que sólo las diga el sentido común! No es él quien hace los programas; no podría hacerlos aunque se le confiaran, porque es *incompetente*.

La competencia se adquiere estudiando, y el estudio, con sus tendencias siempre ascendentes, mira con desprecio los propósitos de reducción, que llevan a un descenso.

Yo me he encontrado ante esa dificultad, formando parte de la Comisión encargada de proyectar los programas que están actualmente en ensayo.

Por un lado acortábamos y alargábamos por otro. No había reducción posible, porque teníamos siempre presente la imagen del niño ideal.

Datos numéricos prolijos, teniendo en cuenta todos los factores que intervienen para formarlos, es lo que debe ponerse frente a los redactores de un programa, sin que por esto se vean ellos impedidos de fijar la vista en alto, para ampliar, a medida que lo permitan, el conocimiento de métodos de enseñanza fundados en el estudio psicológico del niño, y otras circunstancias.

La rama científica que me he atrevido a bautizar con el nombre de Economía Pedagógica, de ser oída, pediría a las autoridades escolares del mundo civilizado, que se pusieran de acuerdo para formar una Estadística prolija de los resultados de la enseñanza, a fin de que se trazaran vías de acuerdo con sus datos, evitando, entre otros males, la marcha forzada hacia atrás, que se hace hoy, al pasar de la Escuela Primaria a la Secundaria.

¡Será mucho, proponer que con ese solo fin se celebren periódicamente Congresos Internacionales!

ENRIQUETA COMTE Y RIGUÉ.

Abril de 1922.

GLOSAS DEL MES

Leal de Souza

Ha estado en Montevideo los días fugaces de un viaje de tránsito, Leal de Souza, uno de los más grandes poetas brasileños de la hora.

De lejos y de mucho atrás, sabíamos de su verso sonoro y emocionado, de su alma resplandeciente y bella. "Bosque sagrado" es uno de los más hermosos volúmenes de poesía que tiene la moderna lírica brasileña.

PEGASO rindió homenaje de admiración y simpatía al dulce poeta de las saudosas canciones, y le hizo presidir la mesa de su acostumbrada comida mensual, dedicándosela en reverencia cordial y afectuosa.

En ella, Leal de Souza habló del parnaso brasileño contemporáneo, recordó con emoción su íntima amistad con Olavo Bilac, "el príncipe", y recitó tres magníficas poesías de última cosecha.

Francisco Soca

Casi de improviso, murió esta mes el doctor Soca,— acaso el único maestro, el verdadero sabio uruguayo.

Con él se va un ciclo de juventud brillante, una luz intensa y pura, una vida gloriosa y patriótica.

Su entierro fué una consagración popular y un homenaje oficial, de respeto y de orgullo.

Eduardo Fabini

He aquí el triunfo decisivo de un artista. Tras diez años de silencio, de abulia, de bohemia lírica y sentimental, ofrece una noche de abril en el teatro lleno, la música exquisita de un poema, compuesto en gloria del campo criollo.

"Campo" se titula el poema sinfónico, y la ciudad entera se estremece de entusiasmo ante la partitura magnífica, que canta al campo patrio, resonante de leyendas en la paz dulcísima de sus atardeceres.

La crítica, la prensa, la amistad, todos se unieron en coro plural, para alabar el triunfo de Fabini, que ya está consagrado.

He ahí la gloria de dos alas que trae laurel en el pico y oro en las rémiges.

La «Editorial Pegaso»

Este mes, se ponen a la venta los cinco primeros libros del año que publica la Editorial PEGASO, en su patriótica labor de cultura nacional.

"Alma Nuestra", — cuentos de Montiel Ballesteros, — "La escuela y el progreso", — obra de pedagogía social, por la señorita María Espínola y Espínola, — "Estocadas en la aldea", — apuntes de Vicente A. Salaverri, — "La sombra alucinada", versos de Mario Menéndez y "Los simples motivos", poesías de Diego Larriera Varela, son los libros a que me refiero.

Que un éxito justo impulse el vuelo de estas lonas infladas, que van a cruzar el mar azul, — lleno de Dios, — con afán lírico y ardor helénico de juventud.

Accidentes

Nuestra moralidad administrativa nos resultaba ingrata, pues denotaba señalado atraso si con otros aspectos de nuestra civilización se comparaba. Cultivábamos una escrupulosidad arcaica en el manejo de los dineros públicos, y eso, más que cualidad elogiosa y honorable, se nos aparece triste signo de que nuestra organización económica se resiente de la insuficiencia de sus comienzos.

Era entonces obligatoria una sórdida minuciosidad en el manejo de las doblas, y justo era llevarlas con las manos en alto, en azafates lujosos; pero nuestro adelanto, el impulso que acelera nuestra evolución, requieren finanzas menos cicateras, menos domésticas, podríamos poner, ya que el cuidado de nuestra hacienda evoca dificultades y angustias de ama de casa.

Tal cual y vez, ciertamente, algún despilfarro vino a alterar esas prácticas estoicas; algún truchimán de nuestra política cargó las arcas del país con sus megalomanías; pero eso no formó escuela, triunfó el hábito y se conaservó ese estigma de ñoñez en el esplendor de nuestra civilización.

Al desarrollo normal de un país también le corresponden alternativas: una línea siempre ascendente y correcta nunca será ejecutoria recomendable; las finanzas públicas y el buen orden administrativo no se aquilatan sino corriendo situaciones procelosas.

Y para no referir sucesos demasiado inmediatos, ocurridos ahí cerca, o en otros países que nos place y aprovecha imitar, recordamos Panamá: mentarlo es mentar uno de los escándalos más sustantivos, y casi contemporáneo.

Existen protagonistas, abundan quienes lo recuerdan sin haber menester la tradición oral o escrita. Pa-

namá envolvió la legislatura de Francia, ministerios, morales particulares y corporativas, fué formidable. Y en aquel país de tan respetables costumbres públicas, y de finanzas otrora tan saneadas, Panamá no fué baldón sino accidente.

Algo así echábamos de menos para nuestra hacienda, y aunq̄e sobre el incendio de la Aduana flotará una necesaria atmósfera de incertidumbres, reconocemos que fué un gesto propicio de los hados. No ha sido mezquina la inquietud de la opinión ante el suceso, pues del mismo pueblo, de la prensa seria, y las Cámaras y los altos poderes se adueñó un interés no común.

Van y vienen meses, pero el incendio moral no está apagado. ¿Valdría la pena exhumar la verdad? Creemos que no. Basta comprobar que la Aduana, matriz de nuestra riqueza, ha originado una conmoción de naturaleza tan peculiar, que por ella apreciamos cabalmente el adelanto que en las trabajosas etapas de nuestra organización vamos adquiriendo.

Es un accidente de los que acostumbrábamos presenciar, con envidia.

EMILIO SAMIEL.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

De casa

Desde este número, "Pegaso" cuenta con un colaborador más, el conocido y entusiasta historiógrafo don Horacio Arredondo (hijo), el cual se hará cargo de la sección bibliográfica correspondiente a su especialidad. Esto era necesario, dada la cantidad de libros de índole histórica que frecuentemente nos llegan.

Sería superfluo, por otra parte, hacer el elogio de este nuevo redactor, cuyas condiciones intelectuales y cuya sólida erudición en la materia de sus preferencias son notorias. Su trabajo sobre "La Fortaleza de Santa Teresa", para citar sólo el más reciente, puede considerarse como uno de los esfuerzos más vigorosos hechos en el país, tanto por su documentación como por su claridad expositiva y su serenidad crítica.

Desde hoy, pues, todos aquellos que se dedican a la literatura histórica tendrán en "Pegaso" a un exégeta competente y de absoluta honestidad.

La Campaña de Carabobo.—Por el coronel Arturo Santana.—Relación Histórica Militar.—Caracas, 1921.

Magníficamente impreso en la Litografía del Comercio de la Capital de Venezuela, por orden directa del Presidente constitucional de aquel país hermano, general don Juan Vicente Gómez, llega a la mesa de redacción de "Pegaso" el nutrido volumen que, para conmemorar el primer Centenario de la gloriosa campaña de Carabobo, ordenara ejecutar aquel gobernante, mediado el año de 1920, como un homenaje al libertador Bolívar y a los abnegados soldados que lo ayudaron a redactar aquel magno capítulo de la historia militar de la Gran Colombia.

Feliz ha sido la elección del coronel Arturo Santana, a quien se le encomendara la honrosa tarea de aprisionar en sustanciosa crónica histórica el relato de los acontecimientos de la famosa campaña de 1821, tan copiosa en sucesos memorables, verdadera y, al parecer, inextinguible cantera de heroísmos y de virtudes patrias.

Trabajada con cariño, dominando con singular competencia los variados tópicos de la relación militar que nos ocupa, tratado el tema en un todo de acuerdo con las reglas de la moderna metodología, abre

el grueso volumen con un capítulo iconográfico de indiscutible valía. Una galería plena de figuras representativas nos muestra el aspecto exterior de los hombres que más actuación tuvieron en aquella época de luchas sin cuartel.

La crónica militar la ha dividido el autor, atinadamente, en cuatro partes. La primera comienza después de la célebre campaña de Boyacá, ya realizado el levantado ideal de Bolívar sobre la creación de la Gran Colombia, decretada a sus instancias por el Congreso reunido en Angostura, en la memorable fecha del 19 de diciembre de 1819.

Ella nos muestra al detalle la situación de los ejércitos contendores al empezar el año de 1820: Morillo, cauto y prudente, al frente de catorce mil hombres dominando la parte más poblada, más rica y más montañosa de Venezuela. Destacadas sus huestes en fuertes posiciones, con las ventajas propias de ser dueño del mar que batía la costa a sus espaldas, esperaba paciente recibir los auxilios tan insistentemente pedidos a España. Bolívar, ocupando con sus valientes una gran faja que circundaba las posiciones contrarias, retenía puntos más estratégicos, eso sí, pero con un caudal numérico de tropas notoriamente inferior (8,000 hombres) al de los godos.

Una vez dado, con minuciosidad y con destreza, el detalle preciso de las posiciones que ocupaban los equipos, el coronel Santana nos habla de la revolución liberal de la península, suministrándonos pormenores interesantes acerca de las consecuencias que tuvieron en América los sucesos provocados por Riego y por Quiroga, principalmente el juramento de la nueva Constitución por Fernando VII y la libertad de las personas detenidas en las cárceles americanas por delitos contra la monarquía. El Armisticio y los sucesos posteriores, complementan esta primera parte de la obra, destinada a poner al lector en condiciones de dominar el ambiente y poder juzgar con absoluta comprensión del medio los sucesos a producirse.

La segunda parte abarca la campaña de Carabobo, y en ella, el autor hace derroche de erudición, tanto en lo militar como en lo histórico, pero, —se me ocurre,— deja muy a menudo librado a la impresión de tercero el relato y la crítica de situaciones que, indudablemente, le brindaban oportunidad para lucirse e instruir por cuenta propia.

La organización de las fuerzas combatientes, el plan de campaña ideado magistralmente por Bolívar, los pormenores inherentes a la apertura de la campaña, la marcha y dispersión de Bermúdez, la marcha de Urdaneta y la del ejército del Apure, integran esta parte del trabajo, escrito en estilo llano y accesible, por tanto, a la gran masa de lectores; con lo cual el autor logra una de sus más grandes finalidades: vulgarizar en el pueblo las andanzas del héroe.

La parte tercera comprende la marcha de San Carlos a Carabobo y la relación de la célebre batalla en la que participara, víctima de su temerario arrojo, aquel bravo general Cedeño, de heroica memoria. Las consideraciones de orden técnico que le merece el cómputo

y un examen crítico de la bibliografía y de los documentos relativos al tema, complementan esta parte del libro de modo feliz.

Finalmente, la cuarta parte contiene los Diarios Militares del teniente coronel Woodberry, y del capitán Urreta, el Libro de Ordenes Generales de la Guardia, el similar de la 1.ª Brigada de la misma, etc. Estos documentos son interesantísimos y su lectura sumamente provechosa, tanto para el técnico como para el interesado en penetrar el pormenor del suceso antiguo.

Contribuye a dar mayor solidez al conjunto, un Anexo Documental bastante copioso, numerosos planos y cartas de valía, trazadas con fidelidad especialmente para el caso, facsímiles de importantes documentos e impresos, y numerosas vistas fotográficas, grabados y cuadros alusivos al tema, que hacen de este estudio una monografía completísima.

En ella vemos a Bolívar, no tan sólo como diplomático experto y general habilísimo, sino que, también, bajo una faz para nosotros poco conocida, como creador y organizador de ejércitos, para lo cual se veían aunadas en aquel hombre de excepción las cualidades necesarias para hacer obra práctica, más difícil aún de realizar, cuanto luchaba con falta de tiempo en un medio agreste, en absoluto desprovisto de los elementos necesarios para poner en tren de eficacia los conjuntos heterogéneos de soldados que se reclutaban.

Es así que el sistema de reclutamiento, la instrucción moral y militar de las masas, el régimen de disciplina a que se les sometía, la formación de oficiales, el aprovisionamiento del ejército, etc., son tan dignos de admiración y de estudio como las hábiles negociaciones del diplomata, las clarividencias del legislador, las genialidades del hombre de gobierno, o aquellos ataques de frente y contra el flanco y espalda del enemigo, empleados de acuerdo con el método del gran Federico en las batallas de Boyacá y de Carabobo, dirigidas personalmente por el Libertador.

Claro está que Bolívar no era un innovador, ni en táctica ni en estrategia, pero es indiscutible que aquel hombre "grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria y grande en el infortunio", como dijera en párrafo inimitable nuestro también grande Rodó, sabía emplear sabiamente, en el ambiente primitivo en que actuaba, los principios de aquellas clásicas doctrinas y, lo que es mejor, en forma tan eficaz y provechosa, que hicieron culminar en sorprendentes victorias sus andanzas de guerrero infatigable.

Salvo detalles, el coronel Santana ha compendiado, pues, en extensa y erudita monografía, que puede considerarse como un aporte de cuantía para la bibliografía histórica y militar americana, los sucesos de una de las campañas más brillantes y decisivas del Libertador. Ha ahondado, en surco ya abierto por Lecuna, Larrazábal, O'Leary, Duarte Loriel, Torrente, Baralt y Díaz, Félix Blanco, Landeta Rosales y otros historiógrafos de fuste, a favor de una documentación inédita y de una vasta erudición, puestas al servicio de una inteligencia vigorosa a su vez, guiada por un alto espíritu de

justicia. Por tanto, bienvenida sea la obra del escritor venezolano que realiza la gloria del Libertador.—H. A. (hijo).

Alma nuestra (Cuentos).—Por Montiel Ballesteros.—Cooperativa Editorial "Pegaso".—Montevideo.—1922.

Altamente promisor, en lo que se refiere a la literatura nacional, se va desarrollando el año. A "El embrujo de Sevilla", de Reyles, novela que acaba de enriquecer de manera tan positiva nuestro patrimonio intelectual, se añade ahora este libro de cuentos, en el que Montiel Ballesteros reafirma el elevado concepto que sobre su talento y sobre sus notables cualidades para el cultivo de este género, había revelado en "Cuentos Uruguayos".

"Con las calladas evocaciones se le aparecen claras las cosas del pasado, las dulces visiones de la tierra, los mínimos detalles de su infancia lejana... Pequeñeces, nimiedades, que nacen tímidas entre las brumas de una lejanía sentimental, que le es al tiempo grata y dolorosa..." Así habla Montiel por boca de don Hermiada, personaje de una de sus narraciones, y en esta honda y sutil sencillez está, sin duda, la gestación de los dos robustos libros de cuentos nuestros, fraguados en Florencia, donde ejerce el Consulado de la República.

Cuentos nuestros hemos dicho, y nuestros, no sólo por los panoramas, por los protagonistas, por el lenguaje, sino por el espíritu que los anima y los aspectos colectivos que interpreta.

Cultiva Montiel casi todas las variedades del género, la costumbrista, la psicológica, la picaresca, la trágica, exteriorizando en casi todas ellas una amplitud y un vigor mental tan recio, o que es necesario, cuando se pretende parangonarlo, pronunciar los nombres más destacados de la literatura rioplatense.

A la seguridad del rasgo, la destreza en el ensamble ó de los episodios, la exactitud de la observación, la sagacidad psicológica, hay, además, que añadir el encanto de un estilo capaz de arroparse por sí solo del lector. Tienen casi todas sus narraciones hondura y gracia, que, al par, lo hacen sustancioso y liviano.

De esta nueva cosecha que nos ofrece Montiel, sobresalen, a nuestro juicio, "La tapera del pueblo" y "Los toros finos... y el hombre", como realizaciones maestras en lo que atañe a la técnica y a la originalidad episódica, y "La piona" y "Peón de confianza", por la fuerza expresiva y la profundidad psicológica.—J. M. D.

A Memória da Mandada.—Por Leal de Souza.—Rio de Janeiro.—1919.

Leal de Souza es este hombre pequeñito y suave, casi siempre emocionado, que hemos tenido al lado nuestro en estos días....

Como poeta, ya se sabe que se trata de uno de los máximos grandes líricos del Brasil contemporáneo. Hondo y dulcísimo, él mismo ha comparado su vida al árbol solitario de la ondulante cuchilla fronteriza en que nació, y él mismo se ha sentido hecho de aire, de agua y de tierra, como el barro empleado en la construcción de las casas maternas... Con un espíritu inquieto y soñador por excelencia, con un

corazón virtualmente puro hasta la excepción, "sentimental, sensible, sensitivo", Leal de Souza ha puesto en su obra el alma ingenua, saudosa y dorada que posee.

"Bosque sagrado" es uno de los mejores libros de versos publicados en el Brasil en estos últimos diez años.

Y "A Komaria da Saudade", en que el principe viene de recoger sus conferencias literarias, concreta un hermoso volumen de hermosas prosas líricas.

Se trata de un libro escrito en los hoteles, nos ha dicho el poeta, con la saudade viajera de los crepúsculos fugaces en el fondo de los ojos soñadores...

Y hemos evocado el viajar sempiterno, los días deshechos, los caminos y los mares y los cielos cruzados, para recogerse a la tarde, con premura y con melancolía, en la pobreza humilde de los cuartos de hotel, a llenar las cuartillas saudosas que de noche se leerían ante los auditorios siempre renovados y siempre atentos...

Es el panorama de un sueño; es el cine de una vida.

Leal de Souza, en prosa magnífica, de dulces giros y de alma emotiva, cuenta en este libro cuya lectura nos deleita, aspectos e impresiones de Santa Ana de Livramento, la visión histórica de la frontera, el devanar del tiempo sobre la ciudad nativa, los recuerdos literarios de la adolescencia, los sueños amorosos e inútiles, "la peregrinación de la saudade"...

Patriotismo, nobleza, poesía, traen al espíritu las páginas de este libro, sacudido por las conmociones de la hora, y anegado un poco ya, de atardecer acaso repentino.

Como antología riograndense pueda servir mucho a nuestra insaciable sed de vinculación y conocimiento, el libro que nos ocupa.

Leal de Souza, además de sus bellísimas impresiones personales nos dice también cosas inolvidables: nos hace conocer a los más grandes líricos de su patria: nos habla de Bilac, de Guimarães Passos, de Machado de Assis, de Alberto de Oliveira, de Coelho Netto, de Zeferino Brasil...—T. M.

"Haikais".—Rafael Lozano.—Edición japonesa.—París.—1922.

El bello espíritu inquietísimo de Rafael Lozano, a cuyo próximo porvenir encendimos hace poco una llamarada de entusiasmo, nos envía desde París, este primoroso volumen de poesías nuevas en que, con oriental espíritu, ha hecho derroche de gracia y elegancia para envolver el derroche de poesía y belleza que allí voló.

Hombre joven y ardiente que viene de los trópicos y trae el corazón inflamado de sol, este Rafael Lozano va a dar lindos triunfos a la literatura de su patria, ya inmortal con Amade Nervo y con Luis G. Urbina.

Esto mismo se le auguramos al anotar nuestras impresiones sobre

"La alondra encandilada", de cuya es una parte—me refiero al "Libro de estampas"—estos "Haikais" de ahora.

Pensamientos líricos, imágenes nuevas, luz de luciérnagas, hojas al viento o estampas pequeñas, estas sintéticas poesías tienen a veces un profundo estremecimiento o un altísimo vuelo. Son lo inesperado, cabe lo espontáneo, lo fácil junto a la novedad. Traen revolución, más que muchas algarabias dadaístas, porque en verdad son de oro puro, sin engaño, y en su exultismo tienen un misterioso temblor de poesía que sugiere, que encanta, que abunda...

Rafael Lozano ha encontrado en sus estrofas pequeñitas un prodigioso medio de expresión moderna, más fuerte y positiva que la sintética estrofa de Fernández Moreno y la dinámica canción de Luis L. Franco.

Hay estrofas que son una maravilla de expresión bien lograda, de sugestión profunda. "Un beso.—Y tú cierras los ojos,—igual que ante un abismo". O esta otra: "Pensar—que lo que yo te digo—hará soñar a otros!" O esta otra: "Avion.—Abeille qui bourdonne—vers la rosse solaire".

Es lo que decía Urbina prologando su libro anterior: "Pretende hacer de sus versos, y lo alcanza en ocasiones, algo así como una rudiya, por donde quien se asome pueda contemplar anchos panoramas. Y, en esas estrofillas de brevedad oriental, esconde Lozano, como una joya, alguna metáfora llena de horizonte..."

Hace un año, al leer "La alondra encandilada", no nos ganó el corazón este singular "libro de estampas" que ahora nos encanta. Acaso, en el entusiasmo soñador de los otros versos sentimentales, no fijáramos la atención fijamente sobre las pequeñas lentejuelas de esas treinta páginas, que más nos parecieron ineficaces y falsas...

Hoy, el libro aparte, todo él compuesto de ellas, nos conquista sin esfuerzo, aunque nos desconcierte un poco.

Como quiera que sea, he aquí un poeta de veras y un precioso libro.—T. M.

Selección de novelas breves.—"En la noche", de Horacio Quiroga.—"La evasión", por Benito Lynch.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

Este espíritu amable de Vicente A. Salaverrí no descansa en su noble empeño de hacer conocer en Europa los escritores rioplatenses, abriendo para ellos el mercado español, de donde volverán un día no lejano, consagrados en definitiva por la majestad de la crítica académica y el entusiasmo popular de los lectores.

América sigue redescubriendo a España, en el decir de Grandmontagne, y Salaverrí contribuye loablemente a la obra, con ese corazón generoso y esa dinámica noble que le reconocen hasta sus enemigos.

Después de haber dirigido ediciones completas de Rodó, de Julio Herrera y Reissig y Florencio Sánchez, he aquí que ahora hace publicar y prologa, en bellos tomitos, los cuentos de Horacio Quiroga y Benito Lynch, los dos formidables escritores de la novela rioplatense.

Así cumple también, con amplitud universal, la Editorial Cervantes, su selección ya famosa de novelas breves, y en cuya serie hemos gustado las mejores obras de la literatura francesa, polaca, portuguesa, rusa, inglesa o sueca.

Bien valen estas líneas, pues, tan bellos esfuerzos, ya que no habríamos de ocuparnos en ellas, de los extraordinarios cuentos de Lynch y Quiroga, cuyas obras comienzan a ser llamadas desde Francia, "magistrales" y "magníficas".—T. M.

"Les Pcllus".—Poema heroico.—Por Edgardo Ubaldo Genta.—París. 1922.

Se trata de un poema en el que los elementos verbales ocupan el lugar primordial y casi estaríamos por decir exclusivo.

No existe en él argumento, ni actos verdaderamente heroicos, por más que las figuras se muevan en un ambiente de epopeya; son más bien una serie de episodios de carácter guerrero o sentimental, tratados con indudable arte, y en los que el autor, un distinguido oficial de nuestro ejército actualmente perfeccionándose en Europa, deja correr el fuego de su elocuente vena lírica y de su entusiasta alma de soldado.

Y en esta exaltación poética, un poco indomada pero llena de calor sónico, está, sin duda, el mayor mérito del poema y también su defecto más notorio, porque, arrastrado por el frenético raudal de su lirismo, el autor suele caer en el énfasis y en la profusión retórica, dos cosas que conspiran contra la verdad y la sencillez, bases fundamentales del arte.—J. M. D.

Revista da Academia Brasileira de Letras.—Rio de Janeiro.—Vol. X. Números 19-20.—1921.

En elegante y voluminoso tomo de más de quinientas páginas, hemos recibido el último número de la Revista de la Academia Brasileira de Letras.

Se trata de una publicación de tal importancia que merece bien esta pequeña revista bibliográfica y no el simple acuse de recibo que acostumbramos para las publicaciones del canje.

En el sumario de este volumen figura, en primer término, la magnífica y emocionante lectura de Alberto d'Oliveira efectuada en la Academia Brasileira, sobre el poeta portugués Antonio Feijó, "el que murió de amor". Yo no sé si la emoción tremante y la angustia dolorosa de estas páginas tienen parecido en la moderna literatura, pero bien puede decirse que ellas no tienen semejante en la lectura contemporánea del Río de la Plata. En el estilo bellísimo de Alberto d'Oliveira fulgen extraordinarias hermosuras de sencillez emocional, de naturalidad clarísima, de honda y sañiente dulzura vital.

Acaso podamos traducirlas un día para los lectores de "Pegaso", con respetuoso y conmovido homenaje de admiración a Antonio Feijó y Alberto d'Oliveira.—T. M.

La nueva Literatura.—Por Anibal Latino.—Editorial Cervantes.—Barcelona.—1922.

~~Abrimos el libro una mañana turbia de otoño, casi con pesadez, casi con abandono. Y he ahí que, pasado breve tiempo en su lectura, a modo como íbamos adentrándonos en su floresta, fué surgiendo la concisa exposición de las letras latinas en la hora. El estilo es periodístico, y como tal, limpio, ameno, sin afeites ni resonancias. Cosa que se escribe de un tirón para llenar la columna consabida del diario, y que más tarde se recoge en libro, se le da cuerpo formal, se vincula y relaciona para redondearlo con un comentario concreto, de conclusiones precisas, no exento de elegancia y de virtud.~~

Anibal Latino sostiene en razón y con serias argumentaciones, que la vocada decadencia literaria de los pueblos descendientes del Lacio, no pasa de un pesimismo prejuicioso, que nosotros consideramos ineficaz como los gritos de mal agüero de los animales indígenas. La poesía, especialmente, es la que cuenta con mayores detractores. No en tanto, ella persistirá irremisiblemente como la más alta expresión de los pueblos, y a pesar de todas "las enfermedades" de los siglos.

El autor describe con sencillez espontánea la grandeza renaciente de los tiempos actuales, el fervor continuamente renovado de la vida, el curso del arte en su ascensión terminal y al través de las múltiples civilizaciones, la compleja y vastísima proporción que ha tomado la historia y que deviene al historiador nuevo en altísima personalidad.

Se extiende asimismo en interesantes disquisiciones sobre la importancia literaria del periodismo, la acción del cine como palanca de opinión pública, la influencia de las buenas lecturas, el efecto contradictorio de los numerosos autores y la necesidad de las buenas recopilaciones.

Con criterio exacto y profundo, las conclusiones de este libro que estudia los fenómenos sociales y humanos atingentes a la vida literaria, llegan a la seguridad optimista de anunciar, como el canto de los gallos, una mañana esplendorosa de sol ardiente y viril, de sangre joven, como conviene a las naciones victoriosas...

Girard presta al autor afirmaciones importantes, en cuya realidad creemos con firmeza, como en la gran renovación del lirismo y en la gran trascendencia de las obras históricas.

Afirmemos, pues, y en definitiva, que este libro de Anibal Latino es obra indispensable, sobre todo para las nuevas falanges que llegan de las universidades en confuso tropel y anhelantes de luz orientadora.—T. M.

La Novia de Neruo.—Por Loreley.—San Antonio, Texas.

Loreley es el seudónimo de una escritora mejicana. He aquí lo que dice de ella el poeta y general Humberto Barros:

"Dueña de un corazón generoso y romántico y poseedora de una inteligencia poco común, sus crónicas periodísticas, sus alocuciones proesas y sus versos plenos de emotividad y de ritmo, han hecho que su nombre suene gallardamente en los ámbitos de América..."

"Es cristiana fervorosa y, sin pretender el resurgimiento de morales hipócritas, aboga por la práctica del bien mismo: sueña la fiel observancia de las claras virtudes teológicas, pero a base de un convencimiento racional y pleno".

En "La Novia de Nervo", Loreley teje, alrededor de la figura del gran poeta mejicano, noble y bueno, un romance sentimental en que aquellas virtudes exaltan precisamente la vida de sus dos personajes contrales: Nervo y su misteriosa corresponsal, tan buena y noble como él; adolorida y resignada bajo el peso de las adversidades de la vida; ejemplarmente dignificada luego por el heroísmo y purificada por la práctica de las acciones bondadosas y cristianas....

Al través de esta novela, se adivinan en su autora la exaltación de su alma cristiana, el fervor de su idealismo generoso, la unción de un amor casi divino...—A. B.

Jhólderlin, Quental, Pascoas, Omar Khayyan. — Versos seleccionados por la "Editorial Cervantes".—Barcelona.—1921.

Precedidos de profusos datos biográficos y de valiosas notas críticas, la Editorial Cervantes ha enriquecido su Biblioteca "Las mejores poesías de los mejores poetas", publicando las más célebres producciones de estos cuatro formidables líricos.

Tratándose de una empresa que sabe hacer tan bien las cosas y a cuyo frente se halla un poeta de la talla de Fernando Maristany, creemos innecesario añadir que tanto en la elección de los versos, como en su traducción e impresión, se descubre la tutela de un espíritu selecto, artístico y consciente.

La verdad es que la obra de difusión cultural en que está empeñada esta Editorial, es superior a cualquier elogio. Nosotros, por nuestra parte, no sabríamos cómo agradecerle el auxilio que nos ha dado para abordar y hasta intimar con un gran número de almas extraordinarias, a quienes sólo de nombre conocíamos: tal ese Jhólderlin, una de las más excelsas figuras del período clásico alemán.—J. M. D.

Pasant l'estona.—Por Joaquín Buigas.—Barcelona.—1921.

Este escritor catalán, que es un espíritu inquieto, y ha compuesto crónicas y cuentos de los diferentes países de Sud América, ahora cultiva, con gran aceptación por lo que se ve, el cuento regional.

Buigas mira la vida con ojos socarrones y sabe sacar buen acopio de rasgos grotescos cuando pinta a sus semejantes. No es un burlón incondicional: espíritu sensible, sufre con los defectos de los hombres. Y puede ser que, al igual de Larra, ría para no llorar.—V. A. B.